

El viaje de una moneda

Ren Blake

Image not found.

Capítulo 1

Iván, al sentirse cansado de tanto caminar, se dejó caer sobre el verde césped del parque Amadeus, frente a su casa. Veía el lento caminar de las nubes. "¿A dónde irán con tanta paciencia?", se preguntó. Algo tocó su pulgar. Se retiró asustado. Regresó a ver. Una pequeña moneda estaba tirada entre las hojas. La recogió y observó de cerca. Limpió la superficie, pero no desaparecía la extraña marca. Se la guardó en el bolsillo y regresó a casa.

Se encontraba en el salón de baile, abstraído en la historia detrás de la marca. El entrenador le llamó la atención. Levantó la mirada, sin saber qué hacer o decir. Entendió que debía realizar su parte de la coreografía, para el show. Tomó su lugar. "¿Qué misterio guarda?", pensó, sin perder el paso.

Terminaron las cuatro horas de práctica. Ingresó a las duchas. Era un bullicio de risas y comentarios. Tom, su mejor amigo desde los seis años, lo observaba lleno de preocupación. Iván siempre fue un chico vivaz, soñador, coqueto con las chicas y controlador (cuando estaba de mal humor). Hoy se veía diferente: algo distraído, melancólico y callado. No parecía escuchar las bromas acerca del profesor. Simplemente, su mente no estaba en el camerino.

Preparó la cena, mientras escuchaba un disco de *Carpenters*. La melodía combinaba sentimientos que le permitían permanecer relajado, mientras cocinaba, cenaba o hacía algún trabajo del instituto.

Terminó de comer, lavó la vajilla y fue a sentarse en el mueble de la sala, para meditar acerca de la moneda. "Extraño objeto", finalizó, antes de encender el televisor y ver su programa de entrevistas.

"... *I want to get away...*"

Su mente repetía esa parte de la canción. Tom le sacó el audífono. Pasó una mano frente a sus ojos.

- ¿Estás enfermo?

- Mmm... No –esboza una sonrisa-, estoy bien.
- Estás tomando tus vitaminas, ¿verdad?
- Sí, estoy bien –se coloca el audífono- Repite la de *DBSK*.
- ¿Te gusta *Purple line*? –asiente y hace un movimiento con el brazo- Deja de presumir. Concéntrate en la tarea.
- Acéptalo, soy mejor que tú... -lo mira con soberbia fingida.
- Nadie habló de eso –regresa la mirada a la computadora, indiferente.

El horario de práctica de baile finalizó. El coreógrafo los felicita por el avance. Se palmean las espaldas con una sonrisa triunfal. Iván sale antes del salón, y va directo a retirarse el sudor del cuerpo. Luego, espera a Tom, mientras observa su preciada moneda.

- Iván, ¿me prestas cinco soles?
- No tengo... -sin ganas.
- ¿Y lo que tienes en la mano? –aburrido.
- Es falsa...
- ¡Mentiroso! –se la quita- No seas egoísta.

Se quedó con las manos en el aire, lo mira, trata de crear una excusa. No puede. Tom sonrío.

- Nos vemos mañana.

Lo siguió con la mirada. “Se la llevó”, pensó al perderlo de vista.

Tras finalizar el examen.

- ¿Para qué querías los cinco soles?
- Necesitaba comprar una tobillera.
- ¿Y la azul?

- Se rompió cuando intenté el salto.

“Una buena utilidad”.

Salió a realizar su acostumbrada sesión de trote, por los alrededores del parque. Llevaba el iPod encendido. Se detuvo de golpe al escuchar un claxon. “Debo tener más cuidado antes de cruzar la pista”.

Aquella tarde, el negocio se encontraba sumido en total silencio. Los accesorios deportivos mantenían su régimen de orden y perfección. Claudia miraba las vitrinas cuando, un joven de cándida sonrisa, ingresó al local.

- ¿Tienes éste tipo de tobilleras?

- Sí, ¿la quieres en el mismo color?

- No, de ser posible, que sea roja -fue al escaparate posterior.

- ¿Qué deporte practicas?

- Soy bailarín. Me estoy preparando para una presentación -le sonrió, ella se sonrojó.

- Aquí tienes -se lo entrega en una bolsa- Son veinticinco soles.

- Gracias.

- Suerte.

Se giró en la puerta. Asintió con una sonrisa. “Qué extraño más extraño”, pensó. Metió el dinero en la caja.

Los días pasaban. La moneda no se movía de aquella caja de madera. Claudia no entendía el pesar del pobre objeto, ella solo deseaba ver a aquel chico de la tobillera. “¿Le habrá ido bien en su presentación?”, se dijo, mientras leía una revista juvenil. Cual si fuera una respuesta enviada desde el cielo, dio con una publicidad.

El taller de baile “Close”,

Tiene el placer de presentar:

"VERTICAL".

Un show lleno de talento, con coreografías
al ritmo del pop internacional.

FECHA: 20 de julio.

HORA: 8 PM.

LUGAR: Auditorio "Close".

Ésa noche, podría verlo de nuevo. Faltaban dos horas. "Hoy cerraré antes". Se acercó a la entrada, dispuesta a guardar los exhibidores. Cuando iba por el último, una adolescente se detuvo frente a la puerta, agitada.

- Disculpe, ¿me puede atender?
- Claro –Animada. Entraron- ¿Qué deseas?
- Esa patineta –señaló a lo alto del escaparate-, por favor.
- Trescientos setenta y cinco soles.
- Asintió con una sonrisa, y le entregó los billetes.

Al fin saldría de ese oscuro lugar. Se posó en la mano de su nuevo dueño, y de ahí al monedero.

Claudia terminó de cerrar, y se dirigió a la presentación. "Lo veré otra vez", pensó antes de subir a la combi.

Sofía regresó a casa de sus padres. Su hermanito la recibió con un abrazo. Ella le mostró su nueva adquisición. Quedó maravillado ante los colores y detalles de la patineta.

- ¿Podré usarla?
- No, es para mi colección.
- ¿Qué gracia tiene comprar algo, si no lo vas a usar? –puchero.

Suelta una risa burlona. Dejó el paquete en su cuarto. "Aún queda mucho

para la cena”, confirmó en su reloj pulsera. Bajó las escaleras.

- Voy a comprar una hamburguesa.

- ¡Yo también quiero!

- Va’o, colita.

Irían al snack del señor Augusto. Caminaba, pensando en lo que le pondría al pan. De repente, un golpe en su codo la hizo retroceder. Se detuvieron. Regresó la mirada hacia el individuo que la sacó de su sueño.

- ¡Fíjate por dónde caminas! –molesta.

- Lo siento –nervioso.

Quizás, aquel muchacho de cabellos azabache, sintió lo mismo que ella al chocar. Él la miró, dubitativo, de pies a cabeza.

- ¡Qué me ves! –le muestra el puño, con un tono rudo.

Retrocedió con las manos al frente, negando con la cabeza. Sonrió y apresuró el paso. Esa noche tenía una presentación. Debía de llegar a tiempo.

Sofía arribó en el establecimiento. Su hermano pidió primero. Ella no se quedó atrás, así que pidió uno con más ingredientes.

Hicieron una pequeña apuesta por su equipo favorito, tras empezar el partido que transmitían por la televisión.

- ¡Terminé! –gritó victorioso, con las cremas en los dedos.

- Corramos a casa, así no nos perdemos el juego.

- ¡Niña! Son diecisiete soles.

- Tome. Gracias.

Salieron apresurados, discutiendo acerca de los resultados finales. Ni siquiera les importó el destino de la moneda. El señor Augusto la guardó en el bolsillo de su delantal.

La noche se torna cálida si pasas mucho tiempo cerca de una cocina

haciendo hamburguesas. El público es exigente y de todas las edades.

Hace unas horas, ese mismo calor empezó a secar la garganta del señor Augusto Pita. Un gentil caballero que bordeaba los cuarenta años; quien por azares del destino y la economía, no culminó la universidad. "Si tan sólo hubiera pensado mejor las cosas", se repetía todas las noches, antes de caer rendido tras su larga y agitada jornada.

Aquel día no era diferente a los demás: se despertó a las cinco y media, hizo sus flexiones, fue a comprar los ingredientes necesarios para la venta, puso en orden el local, despertó a Alonso -su único hijo-, lo envió al colegio, y abrió el negocio. El horario iba de nueve a nueve, con un breve descanso para su propia alimentación. Así era el día a día de Augusto Pita.

El local fue vaciándose. "Se acerca la hora de cerrar", esbozó una sonrisa de alivio, al entregar el último pedido de la noche. Cerró. Ese día obtuvo algo más de ganancia. Tomó una ducha, y llamó a su hijo para cenar.

- ¿Podemos tomar gaseosa?

Asintió con una sonrisa. Sacó una moneda del mandil. Alonso se dirigió a la bodega de doña María. Ésta le saludó con agrado. Pidió su gaseosa.

- Son tres soles -le entregó la moneda- Acaban de llevarse mi sencillo...

"¡OH, NO!", creyó decir la moneda. ¿Acaso sería rechazada? ¿Tendría que regresar al mandil?

- ... espera, ¡qué alivio! Sí tengo vuelto. Dámela.

"Felicidad", sí, es lo que sintió al tocar una nueva piel. Fue acogida con cariño.

Como todos los sábados, María de las Casas, despertó con un presentimiento, uno que tenía desde hace un par de años, cuando su novio la dejó esperando en la puerta de la iglesia.

Se paró frente al espejo y observó los detalles de su rostro. Tomó su ducha matutina, luego de salir a correr por una hora. Llevaba una vida ordenada y sana. Nadie sospecharía sobre el triste recuerdo que le traía el anillo de compromiso, que aún llevaba en su dedo anular; porque, dejando de lado su mala acción, ella aún amaba a ese hombre.

Abrió su bodega a las nueve y media, después de un nutritivo desayuno. Los clientes iban y venían. Cerró para ir a almorzar. De regreso a casa,

compró un helado. "Si él estuviera a mi lado...", era el eterno pensamiento que retumbaba en su frágil cabeza.

Hoy cerraría a las seis, pues debía hacer las compras para su casa.

Fue al supermercado. Recorrió las estanterías. Y aquella frase no se borraba de su mente. Por fuera, una sonrisa te daba la impresión de que llevaba una vida perfecta.

Llegó a la caja y entregó el dinero.

Sus pensamientos eran tan profundos, que la cuerda de la razón no los alcanzaba.

Ana Cáceres, una joven de buena presencia, era una estudiante dedicada a su carrera y a su superación personal; sin embargo, no contaba con el apoyo económico de sus padres. Por ello, trabajaba a medio tiempo en un supermercado.

Su excelente historial laboral, le había permitido ganarse la confianza en cuanto puesto le fue asignado. Ella lo sabía, y eso lograba elevar su autoestima. "Soy una gran persona", se decía con una amplia sonrisa, antes de dirigirse a su trabajo.

Saludaba a sus compañeros, del modo en que se saluda a un familiar, y es que su personalidad era así. "La misma confianza para todos", respondía ante los curiosos.

Tomó asiento, y comenzó su turno.

Cada cliente era recibido con una sonrisa, con su respectivo "buenas tardes" o "buenas noches". Algunos ya la conocían, lo que no era motivo para dejar de anteponer el "señor, señora, señorita". "Eres una gran muchacha", comentó una agradable señora, al entregarle sus monedas.

De repente, todo tomó más sentido. Ella sabía que lograría alcanzar sus metas, gracias a su perseverancia.

Aquel "chispazo", también recorrió cada milímetro de su composición. La moneda pasó de manos cálidas a una fría caja de metal.

El tintineo constante de las máquinas registradoras, el vaivén de la que era parte, todo era tan cruel. Sufría en silencio, la moneda.

Mientras, el cerebro de Ana no dejaba de sacar cálculos y procesar códigos extensos, una sonrisa se mostraba como signo de su

renacimiento.

- Buenas tardes.

- Buenas...

Aquella voz le era familia. Empezó a rogar porque la escogiera. Quería salir de ese gélido lugar, donde era incomprendida por el resto de su especie. Y vio la luz.

- Gracias por comprar en supermercados "Sacro". Que tenga buen día.

- Gracias, también.

Por fin, sus rezos fueron escuchados.

Tom Stevenson, era un muchacho de clase media; alto, de cabellos castaño claro y ojos como el caramelo; además de ser distraído, pero de buen corazón. Por ello, tenía muchos amigos, ya que era incapaz de pensar en que alguno de ellos hablaba su mal, a sus espaldas. Siempre se dirigía con una sonrisa inocente. "Una sonrisa celestial", se dijo entre sus amigas. Atinó a sonrojarse, y aceptar el cumplido con otra sonrisa. Su distracción no le había permitido saber acerca de la docena de chicas que hubieran dado de todo, con tal de tenerlo como algo más que un amigo. Quizás era eso, o el hecho de que no viera a sus amigas del mismo modo que veía a su mejor amigo.

Asistían a la misma escuela, desde la primaria. Él lo había sacado de varios problemas, con "seres no domesticados" (así los determinó, su amigo); esa era una de las razones por las cuáles le tenía mucha estima.

Hoy cumplía dieciocho años. Iván lo acompañó a comprar su pastel y las bebidas para la pequeña reunión, que se llevaría a cabo en su casa.

- Ahora que recuerdo... ¿te fijaste en la chica de la segunda fila? Mm...
-mano al mentón, sonrisa pícaro- Para mí que quiere algo contigo.

- Déjate de tonterías -se puso pensativo- Su rostro me era familiar, aunque no recuerdo dónde la he visto antes -niega con la cabeza.

- ¿Por qué no te olvidas de mi cara? -burlón.

- Porque te veo todos los días, desde que tengo seis años.

- Somos un buen par de amigos. Nadie puede negar que somos el mejor dúo de toda la universidad... -la mirada en alto, con unos aires de

superioridad.

- Ya, ya –fastidiado por el modo en que lo dijo, manotazo en el hombro- Déjate de babosadas. Eres un pesado cuando te pones con esa actitud tan... -mirada al frente.

- ¿"Tan", qué? –lo rodeó con un brazo, y lo acercó más.

Soltó un suspiro de resignación. Iván lo movió con cierta ligereza.

- Siempre te quedas callado ¡Debes de gritarle al mundo! –Extendió su mano al frente, mirando al horizonte, con una sonrisa embobada- ¡Hoy cumplo dieciocho! –se detuvo y lo obligó a levantar la mirada- Anda, inténtalo.

- ... ¿eh?... ¿el qué? –se sonrojó.

Iván bajó la cabeza, paciente. Presionó sus hombros. Volvió a colocarle un brazo alrededor del cuello.

- No hay remedio contigo, Tom, no lo hay –lanza un suspiro.

Entró al centro comercial. Miraba con cierta atención. Iván estaba a su lado, con las manos en los bolsillos. Subieron al segundo piso. Pasaron por una tienda de accesorios deportivos, y voltearon al escuchar una voz delicada que los llamaba.

- ¿Sí? –amabilidad.

- Fui a ver tu presentación, estuvo espectacular –se fijó en el más alto- ¡OH! Tú también estabas en el escenario.

- Me llamo Iván, él es Tom –le codeó, éste lo miró con molestia-, ¿y tú?

- Soy Claudia.

La conversación rotaba entre Iván y Claudia. Tom recordó que fue la misma tienda donde compró sus tobilleras, y también recordó la deuda con Iván. Se despidieron. Volvió a codearlo, mostrando una sonrisa cómplice.

- Tienes suerte de que la chica esté babeando por ti... Ahh... -se llevó las manos a la nuca y lanzó un suspiro- Ya quisiera tener el tiempo para pasarlo con una chica –dibujó una silueta en el aire- como ella.

- Te la puedes quedar –indiferencia.

A Iván se le borró la sonrisa del rostro. Era la primera vez que Tom decía algo con un tono tan serio, al menos, eso sentía.

Se detuvieron frente a su casa.

- ¿Estás molesto? -Se atrevió a decir.

Lo creía imposible. Tom siempre sonreía, y hoy, de repente estaba frío y callado.

- No... -Desvió la mirada.

- Tom... -se llevó una mano a la nuca- ¡Oye! Siempre hemos sido amigos, ¿qué tienes? No estás igual desde que nos chocamos con Claudia... ¿Te molestó que coqueteara con ella?

Lo miró, contrariado. En parte tenía razón. Sabía cómo era la personalidad pícaro de Iván, y solía reír de sus comentarios sobre las enamoradas que tuvo y lo que hacían. Pero hoy, hoy había sido diferente. El pecho le oprimía. Sentía la necesidad de decirle lo que tanto tiempo ocultó; y a la vez, un miedo carcomía su ser de solo pensar en que podría perderlo para siempre.

- No es nada.

Volvió a sonreír confiado. En su interior, el corazón se le resquebrajó como el más frágil cristal.

La moneda pudo escucharlo. Su corazón estaba sufriendo. Quiso hacer algo para ayudarlo. Se agito. Fue eso... la moneda también lloró.

- Tom –lo abrazó- No vuelvas a hacerme esto –se alejó, lo miró a los ojos-, ¿entendido? Eres mi mejor amigo, el único que me conoce bien... Eres todo lo que tengo, lo más parecido a un hermano... Quizás, mucho más que eso –le apunta en la nariz- ¿Escuchaste?

Lo volvió a abrazar. Tom estaba destrozado. Algo se movió en su bolsillo. Reaccionó a soltarse. Metió la mano. Iván lo observó con curiosidad. Tom le mostró la moneda, con una sonrisa. La colocó sobre su palma extendida.

- Gracias, por lo de esa vez.

- ¡Es verdad! –la puso en el bolsillo- Lo había olvidado, ¿ves? Hasta lo

poco que tengo es para ti –sonríe.

- Vas otra vez con esa actitud...

- ¿EH? ¿Cuál? –entró- ¡Dime! –se ríe, al verlo pasar por la ventana.

Iván regresó con las manos en los bolsillos. “¿Cómo me va a dar un susto así?”, esbozó una sonrisa, “Algún día me lo dirá”, volteó a mirar la casa, “¿Se cree que soy tonto, o qué?”. Regresó a su camino, tarareando una de las canciones de la presentación.

Jugaba con la moneda, dentro de su bolsillo. Entró a casa, la sacó y la colocó en un esquinero. Un vistazo le bastó para regresar sobre sus pasos. Encendió la luz y la vio con detenimiento.

- ¡Te encontré!

La moneda pensó lo mismo. Sonrieron. Volvió a la persona que tanto tiempo le dedicó. “Si supiera llorar”, se dijo al sentir su piel que, a pesar de estar frías, desprendían una extraña calidez familiar.

Descansó en el escritorio. Durante la noche, empezó a planear su última parada. “¡Así debe ser!”, gritó enorgullecida de su valor, de todas las personas que conoció y de todos los corazones que escuchó. Ha llegado el momento de comenzar un nuevo ciclo, compartir al lado de otras personas, lugares y corazones.

Iván despertó a preparar el desayuno, encendió su mini componente y colocó su disco de *Maroon 5*. La moneda disfrutaba el espectáculo en demasía. “Éste es mi lugar”, y diciendo eso, descansó de su largo viaje.

Él tenía que asistir a clases, Tom lo estaría esperando en la entrada, con la misma sonrisa de siempre. Metió el dinero a la billetera. La moneda estaría en un bolsillo aparte, para que no se la entregue a nadie por equivocación.

Todo fue normal. Tom seguía siendo distraído, las chicas continuaban insinuándose con descaro, y él se limitaba a sonreír. Iván se lo “explicó” directamente, Tom hizo presente aquel tono de indiferencia, que solo Iván entendía... ahora, más que nunca.

- Chicas, Tom es muy tímido. Y más que nada –una mano al hombro-, creo que se hace el distraído.

Tom le dirigió un gesto aturdido, “se volvió a distraer”. Todos rieron del

comentario y la reacción de éste. Bajó la mirada y se quedó en silencio.

Invitó a Tom a trotar por el parque. Éste se negó, él entendía el porqué, pero deseaba levantarle el ánimo.

- No me digas que tener dieciocho, es tu excusa –Tom desvió la mirada, sonrojado.

- Voy... -expresó con molestia.

Se detuvieron en el parque. Tom se dejó caer sobre el césped, agitado.

- Sabes... Sabes que no soy de salir a correr... Me duelen las piernas... - cierra los ojos, agitado.

- Tom –se sienta a su lado-, no seas exagerado.

Golpea su pecho. Se queja.

- Aquella noche... sí estabas molesto, ¿verdad?

Abrió los ojos. La tarde pintaba en tonos naranjas las nubes. Negó con la cabeza, al recordarlo. Iván se echó a su lado, con un brazo bajo la cabeza, y la otra sobre el pecho. Lo miró. Continuaba perdido en el cielo. Siguió una nube gorda.

- Tom... ¿Por qué no quieres decírmelo?

- No sé a qué te refieres –serenidad forzada.

Llevó una mano hasta el mechón de cabellos de Tom, para retirarlo. Él lo miró, contrariado.

- Dilo...

- No sé... -retiró su mano y se sentó- No sé de qué hablas.

Iván también se sentó.

- Sabes de qué hablo –desvió la mirada-, no eres tan distraído. Y yo me he dado cuenta de algo... desde hace un par de meses ya.

Buscó su mirada. Levantó su rostro. Tenía los ojos vidriosos.

- Tom –entristecido-, no... No tienes por qué ponerte así...

- No quiero perderte... tú eres mi único mejor amigo... Esto es una estupidez... -retiró su mano. Secó sus lágrimas con la punta de su manga,

miró a un lado. Avergonzado y molesto.

- ¿Por qué debería hacerlo ahora, si no lo hice en cuanto lo noté? ¿Eh, Tom? –volteó su rostro.

- Claro, lo olvidaba –tono sarcástico-, te encanta ver cómo el mundo te ama... ¿Sabes algo? En verdad, siento rabia de tener que guardarme esto, pero mucho más, el que seas tú quién me lo produce.

Se puso en pie, sacudió su casaca, y retiró las últimas lágrimas que brotaron. Iván lo siguió. Jaló de su brazo, pero su amigo se soltó con ira. Corrió. Lo abrazó por la espalda. Forcejearon. Los pocos que merodeaban la zona, escucharon el grito de frustración y rabia, que lanzó Tom.

Cayeron al suelo. Él continuaba abrazándolo con fuerza. Tom se llevó ambas manos al rostro. Lloró en silencio. Iván posó su frente contra la espalda de su amigo.

- Yo tampoco te quiero perder...

No agregaron comentario alguno. Iván lo soltó. Tom continuaba encorvado, con las manos ocultando su rostro.

Se puso en pie y le extendió la mano. Tom levantó la mirada. Iván le sonrió, invitándolo a aceptar su ayuda. Cedió resignado. Lo acompañó hasta la heladería. Iván compró un par de vainilla -el sabor favorito de Tom-. Éste parecía ido. Comía por inercia, sin dar la cara.

Se detuvieron frente a la reja de la casa de Tom. Iván lo observó, continuaba decaído, perdido en la crema del helado. Tomó aire. “Es momento de arriesgar todo para conseguir algo más”.

Lo jaló del brazo, levantó su rostro y le robó un beso. El helado se le resbaló de las manos. Tom no se explicaba el por qué su amigo lo había besado.

- Nos vemos mañana –se despidió con una sonrisa serena.

Mientras las preguntas se atropellaban, una tras otra, dentro de la cabeza de Tom; un delicado y pequeño objeto circular, reposaba entre el césped del parque Amadeus, aguardando con ansias un nuevo viaje.

Lima, 21 de julio del 2008